

## **El fenómeno de la olimpiada matemática** **Patricia Fauring**

Es prácticamente imposible que un joven bosquimano que vive feliz en su aldea decida ser piloto de avión, aunque tenga reflejos excepcionales, sea amante del vértigo y demuestre del vértigo demuestre una serenidad pasmosa. Jamás vio un avión.

Del mismo modo, en nuestra sociedad, es muy difícil que un chico descubra sus aptitudes para las ciencias si no ha tenido ningún contacto con alguna de ellas.

La olimpiada matemática ofrece a la juventud la posibilidad de medirse en un terreno distinto y esa oportunidad ha resultado atractiva para miles de chicos y chicas. Encuentran en la matemática un encanto que no les ofrecía la materia curricular de la escuela. Se esfuerzan, trabajan, se divierten y juegan dentro de un marco que les da la posibilidad de hacerlo. La olimpiada tendió puentes reales entre los matemáticos investigadores, los profesores de enseñanza media, los maestros de primaria y los alumnos de todos los niveles de la enseñanza. De estos vínculos casi visibles nació una nueva realidad en nuestra educación. Cada uno, en su turno, da y pide, posibilitando una tarea mancomunada, cuyos frutos comenzamos a saborear.

El protagonista de la olimpiada es el alumno, él compete, él gana o pierde, él aprende. Pero detrás de cada alumno que participa están sus compañeros, que aprenden más y los matemáticos que aprenden a dialogar con profesores y maestros, a transferir su ciencia y escuchar sus necesidades y que se sorprenden de lo que es capaz de resolver ese chico o esa chica.

La olimpiada propone problemas para diversas edades y capacidades porque tenemos el convencimiento de que la resolución de problemas es mucho más atractiva de lo que creen muchos educadores y simplemente hay que adecuarla a las posibilidades de cada uno. Prueba indudable de ello es que todos los diarios, desde el más serio y conservador hasta la prensa amarilla, incluyeron acertijos o crucigramas que desafían al lector.

Sería muy injusto omitir la intervención de los docentes en este fenómeno, pues ellos, más precisamente un grupo selecto de profesores diseminados por el país, pusieron en marcha un proyecto imposible. Y fue posible.

Los docentes se involucran en la olimpiada, poniendo esfuerzo y desinterés material, porque obtienen réditos intangibles e impagables: la satisfacción de compartir los problemas con los alumnos, el placer de resolver problemas que nos liga a todos los que trabajamos en torno a la matemática y, sobre todo, ese algo único y mágico, que solo los docentes compartimos, que es comprobar que un alumno nuestro ha aprendido.